

Intervención

Concesión Premio a la Defensa de la Libertad Religiosa 2014 Ayuda a la Iglesia Necesitada, Fundación de la Santa Sede

Valencia

9 de mayo de 2014

La concesión de este premio por la defensa de la libertad religiosa constituye la mayor de las alegrías que he tenido en estos 10 años de actividad en el Parlamento Europeo.

No se trata de una exageración, ni mucho menos de una mentira envuelta en una fórmula protocolaria o rutinaria.

Por el contrario, es una verdad, es verdad. No sólo por razones de satisfacción y reconocimiento personal, que también, sino por el significado profundo y el realce de una prioridad cual es la defensa de la libertad, la defensa de la libertad religiosa en el Parlamento Europeo.

Les aseguro que no puede ser más acertado el premio, no precisamente por la persona que lo recibe, sino por la elección de una gran cuestión, de una prioridad.

27 de noviembre 1975: El cardenal Tarancón presidente de la Conferencia Episcopal Española, en la homilía de la misa en la Iglesia de los Jerónimos de Madrid tras la proclamación del Rey D. Juan Carlos como rey de España, pronuncia un discurso esencialmente político que fue interpretado como la apertura de la Iglesia española a la

democracia. En todos los ambientes y medios políticos democráticos recibió un sonoro y casi unánime aplauso.

31 de marzo de 2014: El cardenal Rouco presidente de la Conferencia Episcopal Española, pronuncia un discurso esencialmente religioso y solamente en un momento dado se introduce en la política haciendo un elogio del papel de Adolfo Suárez y de una generación de políticos de haber tratado de enterrar la confrontación de las dos Españas. Como homenaje a su obra se atreve a señalar con una breve y sencilla consideración, una obviedad; el riesgo de olvidar su tarea.

En muchos, en la mayoría de los ambientes y medios políticos democráticos recibió una sonora y casi unánime pitada y descalificación.

2 de julio de 2013: En esta fecha tiene lugar un pleno del Parlamento Europeo que tiene como objetivo la censura y la descalificación del Primer Ministro de Hungría, Viktor Orban. No se dijo la verdad al referirse a las causas profundas de esta pseudo moción de censura por parte de sus impulsores. Se enunciaron pretextos, excusas, referidas a la independencia judicial o a la libertad de expresión. La verdad, que impulsaba esta iniciativa, radicaba en el rechazo a los valores que presidían la reforma de la nueva Constitución húngara al referirse a las raíces cristianas de Hungría y en el ataque a las posiciones que defendía el Primer Ministro respecto de la familia y el matrimonio. De lo que se trataba es que nadie imitase el modelo húngaro.

17 de febrero de 2014: Una de las dos únicas iniciativas populares que había alcanzado 1 millón de firmas de acuerdo con el Tratado de Lisboa llega al Parlamento Europeo. Se lleva a cabo la audición en esta institución de la misma y se escucha con respeto escrupuloso a los promotores de la iniciativa, sin debate, como parece lógico en este primer trámite. Se trata de una iniciativa sobre el agua.

10 de abril de 2014: En esta fecha tiene lugar la audición de la segunda iniciativa europea "One of Us" (Uno de Nosotros) en la que se pide que la Unión Europea no financie proyectos que destruyan embriones humanos ni que tampoco se financien proyectos en el ámbito exterior de la cooperación al desarrollo en el que se fomenten prácticas abortivas.

Esta iniciativa había superado 1,7 millones de firmas y era de las dos únicas validadas, la que más apoyo social y firmas había obtenido.

La audición se desarrolla en los términos contrarios a la forma y manera con que se había producido la iniciativa del agua. La audición no fue protagonizada exclusivamente por sus promotores como en la primera iniciativa, sino que se produce un claro intento por parte de algunos parlamentarios europeos de descalificar, a veces brutal y torpemente esta iniciativa. Como nos encontrábamos parlamentarios en favor de la iniciativa tiene lugar un apasionado y he de añadir que interesante debate, porque desde que estoy en el Parlamento Europeo, por primera vez, quienes defienden el aborto como derecho, quienes defienden un listado de nuevos y falsos derechos tienen la necesidad de movilizarse y de actuar con tonos y registros diferentes desde el más extremo y vehemente hasta el más calculador y frío.

En definitiva una audición contraria a la que se había producido poco más de un mes antes.

Se afirma con razón que un ejemplo vale más que mil palabras.

Los tres ejemplos que acabo de citar son diferentes y diversos en el tiempo y en su contenido, pero no sé si valen más que tres mil palabras, pero sí simbolizan el significado de un proceso y de una evolución de una actitud, tanto en el ámbito español como en el ámbito europeo. Les aconsejo que no dejen de leer el libro titulado "Saliendo de una calle sin salida", en el que participan españoles como Francisco José Contreras, como Ignacio Sánchez Cámara, Javier Borrego y Francisca Pérez Madrid en el que se refiere a la hostilidad anticristiana, al asedio cultural del cristianismo en Europa.

El debate, la cuestión, entre nosotros, los creyentes, no es, no debe de ser el grado, la evolución de esta hostilidad en términos de velocidad o de aceleración tanto en el seno de nuestra sociedad española como en la europea.

Unos creyentes dirán que hay un exceso de pesimismo o de catastrofismo en el diagnóstico que otros pueden hacer respecto de esta situación.

Otros creyentes pensarán que por el contrario hay un exceso de optimismo o de exagerado buenismo en el diagnóstico de los otros.

En cualquier caso, este proceso, esta evolución, es lógica, normal. Se tenía y se tiene que seguir produciendo porque la moda dominante del relativismo detesta la doctrina y las posiciones del cristianismo.

El fenómeno relativista se asienta en la mentira y necesita mantener vivo un proceso para destruir la institución que defienda la "verdad" como concepto; la institución no relativista por excelencia, que es la Iglesia.

El relativismo nos recuerda una evolución curiosa de un concepto que hemos utilizado en numerosas ocasiones al referirnos a determinadas personas, muchas veces hemos dicho que esta o aquella persona era un "sin fundamento". La moda dominante hace hoy decir que las personas que parece que tienen fundamento son unos fundamentalistas.

El relativismo se hace especialmente fuerte en las instituciones de carácter supranacional, en las organizaciones internacionales es decir, en aquellas organizaciones e instituciones que están más alejadas de la gente, de los valores de la persona, y que tiene su máxima expresión en la organización de Naciones Unidas (ONU). No tendría que ser así pero cuanto más internacionalizada es una institución más poderoso es el avance del relativismo.

Es verdad que hoy esta agresividad y hostilidad no se manifiesta, por lo general, con violencia física en nuestra sociedad occidental pero también es verdad día a día, mes tras mes, año tras año, se trata de generar un creciente "miedo reverencial" a quienes coinciden y defienden las mismas posiciones que la Iglesia Católica. Si además

estas posiciones son defendidas desde la fortaleza de la razón por personas y grupos no creyentes, todavía se acrecienta la rabia y el grado de descalificación hacia ellas.

Es también verdad que en otras partes del mundo esta hostilidad es también cruenta, bárbara y sólo hace falta acercarse a los medios de comunicación para darnos cuenta hasta qué grado esta violencia física se ensaña con cristianos como en Nigeria, Irak, Siria y en otros países del mundo.

Qué duda cabe que ambas manifestaciones de la tiranía, una cruenta y otra dulce, nos deben merecer valoraciones diferentes. No son comparables. Pero permítanme que me centre en esta dulce tiranía del relativismo, como certeramente diagnosticó el Papa Benedicto XVI, que vivimos en el seno de nuestra sociedad europea.

Como antes decía, lo determinante no es tanto por ello la previsión, el pronóstico de la agresividad que los adversarios a nuestras creencias van a impulsar en los próximos años. En mi opinión lo determinante es tratar de asentar y definir una actitud propia, personal, y también colectiva que sin duda puede y debe unirnos a todos los que compartimos unos valores, unas convicciones, unas creencias.

La primera consideración a la hora de definir una actitud se fundamenta en la necesidad de comprender y de abrazar el sentido profundo del concepto de minoría, que es lo que somos, una minoría, singularmente en la vida pública.

No sé, ni creo que sea relevante, saber cuánta minoría somos, quiénes compartimos estos valores y creencias cristianas. Ni siquiera si somos una minoría que roza la mayoría en determinados lugares y ambientes, o si somos una mayoría social que tiene una insuficiente representación en la vida pública.

Lo importante es que debemos actuar con las características propias de una minoría. Esto es, autenticidad, convicción, valor, coraje, capacidad de sacrificio, esfuerzo, respeto hacia todos, y singularmente, hacia aquellos que compartiendo los mismos valores los defienden de otra manera, con otra estrategia, desde otra organización.

Una actitud de minoría, de verdad, basada en la autenticidad exige hoy capacidad de creación, de líneas de resistencia frente a la socialización de la nada, frente a la falta de referencias permanentes, frente al relativismo. Esta actitud, en primer término de resistencia, en modo alguno es incompatible sino todo lo contrario, con la explicación y la formulación de nuestros valores propios, con el objetivo de ayudar, de aportar convicciones, en el conjunto de nuestra sociedad.

Una minoría que sepa abrazar el valor de la libertad.

"La verdad os hará libres" constituye el enaltecimiento del significado profundo del valor de la libertad, no su desprecio ni su arrinconamiento. Lo que sucede es que la libertad no es hacer lo que te dé la gana, cuando te dé la gana, o como te dé la gana.

La libertad es tan relevante, tan determinante, que en ese dicho evangélico no es un instrumento, una herramienta para el ser humano. Constituye una finalidad, un objetivo, una meta a alcanzar.

Si al final somos hombres y mujeres libres, si a medida que nos hacemos mayores nos sentimos más abrazados al valor de la libertad, porque cada día que transcurre nos hemos fortalecido en la adversidad, significa que, además de valorar nuestros derechos, hemos comprendido el significado de nuestras obligaciones. Ello significa que hemos alcanzado a comprender el significado profundo de la dignidad humana, y por ello, de la libertad. Ser auténticamente libres es todo menos fácil, porque la libertad sólo se alcanza desde el significado profundo de las obligaciones con los demás.

La libertad, como es un fin, es un gran reto para todos, y también para nosotros, los cristianos, los católicos. No hay que tener miedo a la libertad, como ya nos recordaba el Papa San Juan Pablo II, “no tengáis miedo”.

Una actitud de resistencia abrazada al valor de la libertad, sin miedo, a que hablen mal de nosotros. Sin miedo al qué dirán, ni al prejuicio, ni al juicio temerario, que algunos emitan contra nosotros, debe estar en el fondo de nuestras conciencias.

Ahora bien, nosotros tenemos que saber reivindicar nuestra libertad para opinar, para decir, para atrevernos a defender la verdad, para no encerrarnos en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestros ambientes privados. Tenemos que reivindicar nuestra libertad para estar, para decir, para opinar en el ámbito público de nuestra

sociedad. Libertad para defender públicamente lo mismo que hemos aprendido y que defendemos en nuestras casas, en nuestras familias.

No van a ser tiempos fáciles, como casi nunca lo han sido para los creyentes. Esta crisis, sus consecuencias, no se van a detener en las cifras económicas. Porque esta crisis no es sólo económica, ni política ni institucional. La crisis está en la persona, en una actitud personal, y por eso es total.

Estamos ya en el corazón de un gran debate cultural en nuestras sociedades democráticas que va a intensificarse en los próximos años hasta convertirse en el principal y primero de todos los debates. Un debate que pondrá en cuestión las instituciones más esenciales de nuestra sociedad. Porque lo que nos va a separar es la concepción que unos y otros tenemos de la persona, de la dignidad de la persona. Recuerden que la crisis que vivimos está en la persona, es de actitudes personales.

Muchos no lo quieren aceptar. Tratan de mirar hacia otro lado, ejercitando una especie de escapismo cultural, ya que esta actitud es la más cómoda. Es una actitud suicida, pero es que la socialización de la nada, el relativismo, no olvidemos, que no te lleva a la revolución, pero sí a un dulce suicidio como sociedad.

Pero quienes defienden la puesta en marcha de una sociedad post-cristiana necesitan con urgencia, y a veces con cierto histerismo, desmontar, una tras otra, todas las instituciones y las referencias permanentes que el cristianismo ha ido construyendo a lo largo de la historia.

Lamentablemente, no es un ejercicio de pesimismo sino de realismo el hecho de aceptar de que quienes tratan de construir esta sociedad post-cristiana no tratan de dialogar con la Iglesia, ni siquiera tratan de desarrollar la laicidad positiva de la que hablaban con acierto el Presidente Sarkozy y el Papa Benedicto XVI hace pocos años. Una sociedad post-cristiana exige, por el contrario, demoler, destruir, en el ámbito cultural, todos los cimientos de la cultura a reemplazar. Lamentablemente, la socialización de la nada les exige la ridiculización de la verdad.

Atrevámonos a empezar este debate reivindicando el valor y el significado profundo de la libertad, libertad para todos, y en consecuencia, también, para nosotros los creyentes. Pero sobre todo empecemos a alejarnos y, a poder ser, a abandonar el “miedo reverencial” que pretende ahogar nuestra voz. Es el “miedo reverencial” el que produce una moda dominante, en este caso el relativismo, a quienes no participan de la misma. Permítanme que les diga que de mi experiencia profesional en el País Vasco he aprendido que es más difícil superar el miedo reverencial a una moda dominante, en mi caso fue el nacionalismo, que el miedo físico a una organización terrorista como ETA.

El miedo que es más difícil de combatir hoy en el ámbito público, y a veces también en el privado, es el miedo reverencial al ambiente, el miedo al qué dirán los demás, el miedo a que te consideren un carca, un cavernícola, un hombre del pasado, un extremista, un enemigo del devenir de los tiempos, un fundamentalista. Pero mejor antes que después, ante este debate cultural que se cierne sobre nosotros, hay que saber alejarse de la cobardía y de la resignación.

Insisto que lo más cómodo es mirar hacia otro lado, como si este debate no fuese con nosotros, como si el adversario fuese a ser más indulgente con quienes no dan la batalla, pero esta actitud es un profundo error.

En la fecha de hoy, lo digo con claridad y preocupación, no estamos organizados para hacer frente en Europa a este implacable relativismo. Unos por comodidad, otros por cansancio, incluso por agotamiento. Otros muchos por incomparecencia. Pero durante demasiado tiempo en Europa, se ha producido en el ámbito público, una incomparecencia en este debate cultural por nuestra parte. No olviden nunca que la incomparecencia, la derrota por incomparecencia, es siempre la peor de las derrotas.

Hace falta que dediquemos más tiempo, más estrategia, más organización, más personas, más medios, más Estado Mayor, más unidad. Pero sobre todo hace falta un cambio de actitud personal para hacer frente a este reto, a esta situación.

Señoras y señores,

Todo el tiempo que los cristianos dediquemos al debate cultural propio de los nuevos tiempos que vivimos será poco e insuficiente ante la magnitud del reto que tenemos.

Como he reiterado hoy mismo en varias ocasiones, nadie está en condiciones de prever la magnitud, la dificultad, el sacrificio, la gravedad que significa el reto que tenemos, pero preparémonos para ello. Si les

sirve de algo, en mi dilatada experiencia política, he aprendido que hay que saber prepararse para los escenarios más desfavorables de todos los posibles. No sé si siempre se acierta pero es la manera más segura de equivocarse lo menos posible. Pero hagámoslo con alegría, sin miedo, con convicción, con determinación, que es lo que debe siempre caracterizar a los cristianos.

Permítanme que termine reiterando la trascendencia de un cambio de actitud personal de todos y cada uno de nosotros. Para ello, mucho mejor que mis palabras, es el recuerdo de las de la beata Teresa de Calcuta, cuando un día en conversación con un sacerdote, éste le exponía las dificultades y la gravedad de la situación por la que atravesaba la Iglesia, terminando con una pregunta a la Madre Teresa. Cuando el sacerdote le preguntaba cuál sería, según ella, lo primero que se debería de cambiar en la Iglesia, su respuesta fue: usted y yo.

Esta clase, que con sus palabras nos da Teresa de Calcuta, debería ser comprendida e imitada por todos nosotros.

Muchas gracias.